

## Regreso de tres mundos: *lo sensorial como punto de partida de un texto autobiográfico*

MARÍA CABALLERO

En la historia de la literatura hispanoamericana hay hombres opacados, casi desaparecidos. Es el caso del venezolano Picón Salas (1901-1965), en todo caso presente por su espléndido “*De la conquista a la independencia. Cinco siglos de...*”<sup>1</sup>, una historia de la cultura en la América de habla española parangonable a la obra del venezolano Pedro Henríquez Ureña, que repasa acontecimientos, personajes y anécdotas desde las crónicas hasta los albores del XIX, con la brillantez y el tono doctoral pertinentes. Sus viajes, su labor en Estados Unidos, su humanismo brillante... todo eso queda ahí como testimonio de uno de los intelectuales venezolanos más imperecederos.

Como suele suceder, detrás de todo ello hay textos sorprendentes. Con motivo de una historia del ensayo en las vanguardias —capítulo de la *Historia de la Literatura Hispanoamericana* que próximamente editará *Cenlit*, la propaganda es fundamental— tuve que leer páginas y páginas descubriendo con agradable sorpresa un autor con matices inusitados. Guillermo Sucre, en la introducción a sus *Autobiografías*<sup>2</sup> llega a afirmar que tiene “una prosa a veces tan suculenta como la que él admiraba en Montaigne”<sup>3</sup>. El adjetivo “suculento”, tan sabroso, tan ligado a uno de los cinco sentidos —el gusto— puede servir para centrar mi estudio enmarcándolo en el tema del congreso que nos reúne. Porque en efecto, la prosa de Picón, humanista y exquisita, está cargada de sensualidad. “Se siente que el aire y la luz pasan por sus palabras”<sup>4</sup> —sigue diciendo Sucre—. Y es verdad. Lo es para su autobiografía y para su escritura en general. Pero no sólo el aire y la luz, sino todo lo que se relaciona con los sentidos. Porque lo que

le interesa de la literatura (es) la parte de problema, de humanidad angustiada o iluminada que pueda ofrecernos. No sólo exponer ideas sino hacerlas sensibles en el cuerpo del lenguaje<sup>5</sup>.

---

1 Editado en México, F.C.E., 1957.

2 Mariano Picón Salas, *Autobiografías. Viaje al amanecer. Regreso de tres mundos*, int. Guillermo Sucre. Texto establecido con notas y variantes por Christian E. Álvarez A. Caracas, Monte Ávila, 1987. En adelante citaré en el texto por esta edición.

3 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. IX.

4 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. X.

5 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. XIV.

Literatura de ideas, sí, pero plasmadas en el cuerpo del lenguaje. No en vano para él escribir es saber componer ética y estéticamente. En su *Pequeña confesión a la sordina* (1953) cuenta cómo, en su primera juventud, educó voluntariamente sus sentidos junto a artistas plásticos y pintores: “Luego, de lo conceptual quise escaparme a lo puramente sensorial y estético, y siguiendo el viejo consejo de Goethe, quise educar mi vista y mi oído (...) En muchos de mis relatos juveniles, sobre el interés de la narración, frecuentemente rota y difusa, predomina esa búsqueda de valores pictóricos”<sup>6</sup>. Herencia de época, la salida del modernismo que incluso deja rastros en descripciones de un escritor tan poco afín como Mariano Azuela. También sello de escritor que no tiene nada que ver con “la invitación a lo artificioso” de los veinte años, sino que incluso es capaz de convivir con la “pasión por lo concreto” de los cincuenta.

*Viaje al amanecer* (1943)<sup>7</sup> —su primera autobiografía “canónica” si puede llamarse así, porque lo cierto es que muchos de sus escritos rezuman las vivencias del yo— recrea la Venezuela de su infancia, es su peculiar tributo al “paraíso perdido” de la niñez cuando se avecina el “amanecer” de la adolescencia simbolizado en el título, transparente como casi todos los suyos. Para ello y en veintiún capítulos elabora una serie de estampas cuyas anécdotas reescriben la historia del abuelo o de los personajes populares más llamativos y felizmente recordados: Josefita, el Mocho Rafael... son estampas costumbristas bastante ficcionalizadas —de hecho, si el lector deja a un lado el “pacto autobiográfico” de Lejeune<sup>8</sup> podrían pasar por auténtica ficción— que despliegan ante el lector el panorama de un país que ya se fue. Pero incluso en este libro, cuya apelación a los sentidos tiene que ver más con lo visual heredado del modernismo, hay datos que permiten caracterizar al narrador desde los cinco sentidos. Obsérvese por ejemplo, el siguiente párrafo:

Yo, menos dado a la abstracción, tenía que concretizar en metáforas e imágenes tangibles algunas de esas enumeraciones, y pensé, por ejemplo, que las cinco partes del mundo se parecían a cinco muchachas de nuestra escuela mixta. Europa debe ser rubia como María Lombardi, hija de un tendero italiano cuyo dorado pelo se enmarca graciosamente en un amplio sombrero de paja de los que en Mérida llaman “pavas”, flotante de cintas y de flores. La retraída Asia se personifica en una chica amarillenta y muy aplicada (para mí anti-pática) que por su miopía precoz sufre la dictadura de unos anteojos; África se desgreña en el pelo áspero, la boca grande y la tostada morenez de otra cuya inquietud de movimiento y el desorden de sus cuadernos contrasta con la sabia impassibilidad de Asia; América es larga y termina en las piernas flacas del Cabo de Hornos, y reservo el ampuloso nombre de Oceanía para la que a mí más me place: pequeña y hasta frescamente regordeta que siempre pasa temporadas en una hacienda de cacao que poseen sus padres en la tierra caliente, y cuyo busto —con extraordinaria precocidad tropical— comienza ya a abultarse y a sobresalir entre los finos encajes de la camisita<sup>9</sup>.

6 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 8.

7 El viaje será metáfora de su vida: aventura, trabajo profesional, exilio forzoso... Todo le sirve para descubrir “viejos y nuevos mundos” -título de uno de sus ensayos en que reacciona contra las viejas dicotomías, los falsos mundonovismos y la desconfianza hacia Europa.. Cfr. La antología de su obra preparada por Guillermo Sucre bajo ese título en la editorial Ayacucho (Caracas, 1983).

8 Cfr. Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975.

9 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 84.

La mujer es el polo de atracción habitual para el muchacho que se abre a la vida, y tal vez la terminación femenina de los nombres que designan los continentes hace muy fácil la personificación a través de la prosopopeya. La geografía, los tópicos sobre tierras marcadas por la cultura —por ejemplo Europa como a la mujer romántica y civilizada le corresponde ser rubia, mientras que África será el continente de la morenez y el desorden, la razón no la colonizó todavía— sea como fuere, los tópicos —decía— subyacen a las metáforas que enhebra el narrador. No obstante y por lo que a los sentidos se refiere, la vista es insuficiente para abarcar el campo amoroso. Tras los ojos se van las manos, porque el tacto emerge como el rey. Acorde con los escasos nueve años del protagonista, el narrador —uno y el mismo— debe plegarse a la indagación intuitiva de quienes se acercan al misterio de la vida, sin saber todavía nada del mismo:

Análogo conflicto se produce al tratar de las funciones de los sentidos. Cada uno está localizado en sitio bien visible del cuerpo: los ojos, la nariz, el gusto. Pero ¿por qué el sentido del tacto es mucho más indefinible? La señorita Emilia evade el problema diciendo: “El sentido del tacto se localiza, por ejemplo, en las manos”. Pero nosotros advertimos que ese “por ejemplo” agregado precisamente al tacto y no a los demás sentidos, es tan sólo un escape o una hipocresía. ¿O será el sentido del tacto lo que yo experimenté cierto día cuando, con el pretexto de comparar nuestras planas y sobre todo un inútil y decorativo ejercicio de letra gótica impuesto por la señorita Emilia, Oceanía y yo acercamos nuestros asientos y sentí el cálido roce de sus piernas?<sup>10</sup>

El capítulo XV confirma el cambio de ritmo con la llegada de la adolescencia que se abre paso como el cometa Halley que le da título: “pasó, por fin, el cometa Halley”. Un niño precoz, aunque sólo de nueve años, avizora el fin de una época y la entrada en un nuevo territorio. Así como en el chocolate que prepara la india se volatilizan “la vainilla, la canela y la nuez moscada” entretejiendo todo un mundo de sabores, en la adolescencia se vislumbran sensaciones turbadoras que aterrizan en el texto mediante la hipálage con que se caracteriza el tiempo. Dice el texto:

Presentía que iba a comenzar un tiempo más sensual, más seguro y oloroso; un tiempo que se bebe y se gusta como el chocolate cobrizo que prepara Clorinda; el chocolate que tiene el mismo color y acaso el sabor de sus gordos brazos. La vida seguía germinando en mí, con más prisa y con más barbarie<sup>11</sup>.

El término de la comparación viene sugerido por lo raizal, por lo atávico, por lo atado a la tierra. El chocolate como producto autóctono y comida secular frente a la invasión extranjerizante del té en las clases altas; denso como los regordetes brazos de la morena que les sirve... Y la vida que germina, como la tierra americana, bárbara, apegada a los instintos que se derraman sin cauce... En ese ámbito el instinto amoroso será el eje. Por eso el capítulo siguiente, el XVI, precipita la tercera etapa que bajo la rúbrica de *Mitología* da paso a los sueños: “se sueña en la gruta de Calipso” —así lo titulará— y de la mano de su mentor literario —Monsieur Machy quien le impone como lectura el

<sup>10</sup> M. Picón Salas, *Op. cit.*, págs. 85-86.

<sup>11</sup> M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 91.

*Telémaco* de Fenelon— descubre la pena de amor. Un amor que atrapa a su amigo Pedro obsesionándole hasta hacerle perder kilos e interés por la vida cotidiana. A través de Pedro, el protagonista conoce vicariamente el primer amor “con todo el caudal de misterio que contiene el primer amor, con la sangre que sube prematuramente a embriagar los sentidos, con sus sensaciones, su placer y sus angustias”<sup>12</sup>.

El furor de la fiesta campesina en que se convierte una boda rural, honrada por el protagonista como hijo del hacendado, será el marco en que estalle la sensualidad de sus catorce años. En una sociedad violentamente machista el código implícito en la recomendación del Mocho Rafael —“pórtese como jefe; que no lo vean muchacho lampiño, sino pollo que ya muestra la espuela”<sup>13</sup>— le aboca a la borrachera de los sentidos alentada por el Joropo, la “danza caliente, veloz, que sume hasta marear en su sensual torbellino”<sup>14</sup>. Y allí está ella, la mujer del trópico, la mujer-tierra emblema de la pasión —clavel reventón en el pecho, vestido color sangre de toro, cuerpo moreno. El texto sube de tono y articula con delicada explosión las vivencias del narrador protagonista utilizando tópicos de siempre —la mujer como fruta jugosa— con un acierto inusitado:

Entra en mis sentidos como el más denso alcohol de la fiesta. Es la sensualidad de uno que en ese momento se corporiza. Más que amor, parece hambre, borrachera, deseo. Quizás tocándola penetraría algo del doloroso misterio del mundo. Era el paisaje, la cordillera fronteriza entre mi niñez y mi adolescencia. La miraba cerca de mí como el jinete que desde la cumbre del cerro observa la otra vertiente a donde debe llegar. Sus senos se apostaban, se disparaban hacia mí como la buena fruta, pulposa y refrescante, para el viajero que está sediento. Fruta del trópico: guanábana, chirimoya, níspero o merey, con las más escondidas y alucinantes esencias. El mundo hasta ahora soñado me parecía moreno, palpable, suavemente redondo, como el cuerpo de esa muchacha...<sup>15</sup>

“Mujer, cuerpo del mundo” o “voy por tu cuerpo como por el mundo” que dirían Neruda y Octavio Paz. Estalla el deslumbramiento subsiguiente a la coronación de la cordillera. Pero a diferencia de Neruda o Paz, el protagonista demorará sus ansias de explorador, desviará su adolescencia hacia parajes más cultos, orientado por su padre. Éste le hace ver que se le presentan dos caminos: el fácil es el de su amigo Pedro que “marcha hacia esa vida un poco bárbara de los hacendados”<sup>16</sup> —hijos naturales, fiestas, apuestas de gallos, desbroce de tierras vírgenes...—. El otro pasa por un moderno colegio de Caracas, una carrera, el dominio del inglés y un trabajo en lontananza ligado al progreso, es decir tratándose de Venezuela, a la explotación del petróleo. El padre decide: “aquí, en la provinciana Mérida, estás perdiendo el tiempo”. Y el muchacho asiente. Y se va sin saber que esa salida marca el fin del paraíso y el inicio de su errar. Es todavía un corcel brioso sin domeñar, como ese

12 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 98.

13 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 118.

14 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 121.

15 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 122.

16 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 127.

Río adolescente (que) ciertas madrugadas del lluvioso mayo se despierta con ganas de gritar y bramar, de cambiar sus meandros, de repartir su espumosa cólera blanca. Vomita y tritura sus rodados, y todavía no se inquieta por poseer ese seguro valle de los ríos viejos...<sup>17</sup>

La metáfora del río designará su vida posterior. Como él, “más allá del puente que siempre le están edificando, sigue un camino más firme, más estable y monótono, como es, a la postre, el camino de la vida”<sup>18</sup>. Es otra manera de plantear la vieja metáfora civilización/barbarie unos años antes ficcionalizada en la *Doña Bárbara* de su compatriota Rómulo Gallegos. También Santos Luzardo, su protagonista, siente la llamada de la tierra y la fascinación de la hembra que la simboliza. Pero sabe que deberá domesticarla. En Picón, la dicotomía no es tan burda, porque su carácter duplicado en el del narrador-protagonista es mucho más sensual, más mestizo, está del lado de acá. No obstante, en el texto y en la vida real sale ahora en busca de la cultura, de la civilización, a sus catorce años que podrían haberse plegado sin más a la llamada de lo primitivo.

Desde esa óptica, Picón es el puente necesario entre Gallegos<sup>19</sup> y Uslar Pietri<sup>20</sup>. Si el primero privilegia la civilización, el otro entona las loas del mestizaje americano en multitud de artículos y ensayos. En el medio, Picón Salas es absolutamente partidario del mestizaje como clave de la identidad americana. No hay más que escucharle:

Pero ¡qué hispanoamericana esa coloreada fusión mestiza de tantas cosas; esa artesanía de lapidario indígena con que luce, entre los temas occidentales, sus joyas de jade, sus iguanas, sapos y lagartos; su supersticioso miedo al pecado, su desmayo sensual y su asombro de niño con que goza y nos hace gozar, como unidos en un mismo ramillete, todas las flores y esencias de las varias civilizaciones!. Lo vivido, lo soñado y lo libresco, la retórica y la verdad, iban revueltos en la misma corriente. ¿Y no es ésta una constante del escritor y del artista hispanoamericano?<sup>21</sup>

Prácticamente ese doble motivo entrelazado —identidad y mestizaje— será el tema de su última y más auténtica autobiografía, *Regreso de tres mundos. Un hombre y su generación*, escrita entre 1957 y 58 en Caracas y publicada inmediatamente (1959) como testamento del autor. Los “tres mundos” —según el epígrafe— son Mundo, Demonio y Carne o, en el viaje del alma, Infierno, Purgatorio y Paraíso. Es decir, los sentidos que se abrían al mundo al final de *Viaje al amanecer* y tal vez llegaron al infierno subsiguiente a las tentaciones del demonio y la carne, se han purificado por fin en el purgatorio y aspiran a ese paraíso, final de travesía. Para llegar ahí la conciencia del narrador-protagonista ha trabajado seriamente por “establecer su propia concordia; por someter a armonía y comprensión los instintos y el entendimiento”<sup>22</sup>. Y deja su autobiografía, no con afán

17 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 128.

18 *Ibid.*

19 Al que conocía bien, de hecho colaboró con él en su periodo presidencial y quedó tan marcado que hubo de exilarse tras su derrocamiento en el 48.

20 Los ensayos de Uslar Pietri están mucho más difundidos. Cfr. “El mestizaje creador”, en *La otra América*. Madrid, Alianza, 1974, págs. 21-28.

21 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 161.

22 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 140

ejemplarizante, porque “cada hombre, cada generación debe encontrarse con sus propios reveses y librar su peculiar apuesta con el destino”<sup>23</sup>. De hecho —añadirá—

Sólo para un hermoso cuento que también se llama la Historia, narramos lo que a nosotros nos pasó. Más que una lección práctica, contar historias es un entretenimiento liberador para el cansancio del hombre<sup>24</sup>.

Esta es una historia, “en que quise ofrecer un poco la razón de mi vida: definir los impulsos e ideas que me condujeron; contemplar con implacable dureza lo que uno llamaría su proceso de formación o de destrucción”<sup>25</sup>. Escrita desde una pretendida sinceridad, se arroja como una botella al mar “por si alguien quiere imponerse del pequeño testimonio de añoranza o de salvación”<sup>26</sup> que conlleva. Un testimonio teñido de esperanza, en la seguridad de que “aún la existencia más humilde cumplió su destino”<sup>27</sup>. Y a su vez la escritura desempeña un papel esencial en dicho proceso: de hecho —dirá— “sólo nos salvan de la miseria fisiológica —del hambre carnívoros del felino y de la lujuria del macaco— algunos gramos de poesía: dinamita para franquear la contingencia de la naturaleza y dispararnos hacia el sueño”<sup>28</sup>.

El tono de estas líneas de su introducción deja ver que *Regreso de tres mundos* es más ensayística, densa, elaborada... Y apela menos a los sentidos. No obstante, quien tuvo, retuvo; o, lo que es lo mismo, tan interesantes como los temas de fondo —la misión del escritor hispanoamericano en su generación, el destino de Hispanoamérica o el encanto de la literatura que plasma experiencias irrepetibles— es la prosa dúctil en que se plasman. No en vano una y otra vez propondrá una lengua “que agite la conciencia y despierte la emoción entre los hombres”. Porque lo importante en el ensayo no son las ideas que pueden envejecer sino el molde metafórico en que se vierte un testimonio personal. Ese molde metafórico, que acerca el género a la poesía, es el cauce adecuado para plasmar la intuición, instrumento sin que el ensayista está perdido<sup>29</sup>. Al respecto, me parecen preciosos los capítulos II y VII de entre los once que componen la obra. Daré sólo unas pinceladas.

En “Tentación de la literatura”: un muchacho de veinte años cuya mirada voraz - siempre los sentidos- pretende desentrañar el secreto de las cosas, le pide a la literatura la belleza, pasión y libertad que le niega el mundo cotidiano, en la seguridad de que “el escritor debía penetrar más allá del pellejo de las gentes, morderles las entrañas y desasosegarlas como el buitre de Prometeo”<sup>30</sup>. Muchos años después el narrador maduro que

23 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 138.

24 *Ibid.*

25 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 133.

26 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 140.

27 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 141.

28 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 134. En ese sentido, le falta a este autor la dimensión trascendente -o, al menos, le falta en esta última autobiografía-. En el planteamiento de la poesía como sustituto de la religión coincide con Octavio Paz, si bien en este último es más clara la apuesta. Ambos lo heredan de la vanguardia.

29 “La fórmula del ensayo -¡qué sencillo parece esto al apuntarlo!- sería la de toda la Literatura: tener algo que decir; decirlo de modo que agite la conciencia y despierte la emoción de los otros hombres, y en lengua tan personal y propia, que ella se bautice a sí misma”. M. Picón Salas, *Viejos y Nuevos Mundos...*, *Op. cit.*, pág. 504).

30 M. Picón Salas, *Autobiografías*, ed. cit., pág. 157.

escribe estas páginas es capaz de volver a identificarse con las ilusiones del joven que fue y de expresarlas con ese grafismo en que prima lo biológico:

¡Que la metáfora y la poesía configuren para mí de nuevo el mundo! En las celdillas de la cabeza se deben estar librando los más coloreados combates. Si pudiéramos fotografiarlas con lo que contienen, veríamos la más contraria fusión y superposición de imágenes. Está, es claro, lo que yo soy en este instante: mis veinte años, mi apetito de vida, mi sensualidad, mi bondad o perversidad; el anhelo de levitarme en varios cuerpos para todas las empresas que le pido a la existencia...<sup>31</sup>

La ruina familiar le impulsará a lanzarse al camino de la vida. Aunque son tan distintas en su forma ambas autobiografías, unidas por la primera persona del narrador-protagonista, se solapan: el adolescente, que marchó a estudiar y hacerse un hombre de bien, vuelve a la Mérida natal a liquidar la casa y despedirse definitivamente del terruño. Un terruño descrito con la habilidad del costumbrista cuyas estampas tienen un matiz colorista y fotográfico. El mundo provinciano se confunde con la tierra, con lo primario: es cíclico y queda anclado por la rutina de los días en una profunda conexión de vida y naturaleza. Aún así, el narrador adulto lo colorea con nostalgia:

Quizá sería bueno escaparse de aquella pequeña ciudad provincial donde el sol sale y se acuesta por los mismos cerros (...) Y la crónica lenta de las personas se confunde con las arobas de queso y frutos menores que vendieron en el mercado, o el quieto ciclo —parecido a la gestación de una persona humana— que hacen los cafetales desde que empiezan a florear en los primeros meses del año hasta que esponjan sus rojas cerezas con la apacible y muy pintada luz del seco diciembre. Tiempo de canciones, de árboles multicolores, de aguas limpias, en que los menudos y frenéticos colibríes salen a flechar al sol...<sup>32</sup>

El amor, la revolución y el marxismo, Bolívar y la patria... son otros tantos temas que runrunean en estas muy sugerentes páginas. Amor y sexo, con su fascinación aterradora para los adolescentes caraqueños; las teorías de sus maestros, como aquel Razetti, que asume como cruzada “enseñarnos un poco de viril austeridad a los venezolanos”<sup>33</sup>, al tiempo que asevera: “la cultura se prueba también en la relación erótica”<sup>34</sup>, alabando a la vieja Francia por sus maneras. El lector sospecha que el adolescente asimiló sus enseñanzas hasta identificarse con ellas; de modo que el narrador pone en sus labios sus propias ideas:

Porque todos los seres que se aman quieren acostarse juntos, frotar su piel y sorber su aliento, confundirse como las ramas de una enredadera, ser la hiedra y el muro, para que la vida salga por la ventana abierta, buscando la brisa con la alegría matinal de un pájaro<sup>35</sup>.

Ese amor no es sólo mero rozarse de los sentidos como queda de manifiesto en el capítulo VII —*Amor, en fin, que todo diga y cante*—, un delicioso tratado sobre los usos

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 156.

<sup>33</sup> M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 180.

<sup>34</sup> *Ibid.*

<sup>35</sup> M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 181.

y costumbres amorosas de Hispanoamérica entretejido de referencias literarias que abarcan desde Dante a la Celestina. Habría mucho que comentar de la ductilidad y soltura de su prosa, cuajada de ironía por los años, pero siempre joven de espíritu, capaz de sorber la naturaleza por los sentidos y, a la vez, invertir los tópicos literarios a la hora de expresarlo. En esta línea Chile, el país al que llega a sus veinticuatro años en una especie de exilio forzado y en el que vivirá doce años más, supuso un deslumbramiento. Y no sólo por su naturaleza exuberante y variada, que describirá apelando a los sentidos, sino fundamentalmente por sus mujeres: modernas, compañeras del hombre. Pero cito antes un pasaje que me parece bellísimo referido a la naturaleza:

¡Y qué buena compañía, no sólo para la caricia, sino para la confidencia y la caminata, nos dispensaban esas muchachas con quienes el domingo podíamos ascender a la nieve de la cordillera, trepar por las vertientes o bañarnos en tiempo primaveral bajo los bambúes y eucaliptos fragantes del valle! Chile ponía su fiesta de verdura y de pomaredas, de yuyos amarillos en los caminos, de guindos que se enrojecen como bocas, en esa primavera que va del mar a la serranía, gozosa de soles, de promesas de amor, de tonadas y de viñedos que acendran su dulzura para las cosechas de abril...<sup>36</sup>

El narrador idealiza, transido por la nostalgia de los años que se fueron. Algo normal, que el lector espera. Me interesa más el resultado estilístico y la apelación a los sentidos que se apoya en la prosopopeya e invierte las metáforas manidas —“guindos que se enrojecen como bocas” en vez del tópico “bocas como”. Es la naturaleza la que se personifica —y no al revés— en esa explosión primaveral de vida recuperada con la pasión de la primera juventud.

La madurez le confirma en su intuición primera y le lleva a desechar el “absurdo dualismo que separaba el sexo del espíritu (con lo que) se escindía en el tiempo de mi juventud toda sana relación amorosa. La querida y la novia debían satisfacer estos términos opuestos”<sup>37</sup>. Frente a la sociedad venezolana, recuerda su experiencia chilena de joven estudiante exilado en el que las muchachas accedían tímidamente a los estudios y dejaban de ser “las vaporosas musas seráficas del trasnochado romanticismo criollo para graduarse de médicos, abogados, arquitectos, y convertirse en veraces animadoras del hombre”<sup>38</sup> deslumbradas por nuevos valores como la sensibilidad y la cultura. Al juzgar el pasado, reviviéndolo, hay páginas bellísimas que describen la relación entre el hombre y la mujer “enteros, que toman en tarea alegre y bien repartida su obligación cotidiana”<sup>39</sup>.

Dime cómo amas y te diré quien eres (...) No por demasiado dicho puede olvidarse que es a través del amor como uno toma posesión del mundo o sale de su ser a trascender sobre otro, intentando fundir en una sola realidad, en sacudido vaso comunicante, lo que originalmente parecía distinto (...). El hombre aprende en la mujer y la mujer aprende en el hombre lo trágico y grandioso del destino humano (...). Con el fuego y el sudor de su piel, y con

36 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 215.

37 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 214.

38 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 216.

39 *Ibid.*

la inteligencia y sensibilidad que acompañan más allá del contacto físico, se quieren el hombre y la mujer cabales. Son dos voces, dos melodías buscando el acorde<sup>40</sup>.

Reto atractivo y estimulante: “Que el amor no concluya en el frenesí de un encuentro o una noche, sino asegure su luz constante para toda la vida. Lo he soñado siempre - aunque cumplirlo es tan difícil- como una nostalgia de fidelidad”<sup>41</sup>. Testimonio de un hombre que supo integrar los sentidos en un proyecto humanista nunca restrictivo en la línea de la dependencia europea, sino también anclado en la naturaleza americana.

---

40 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 219-220.

41 M. Picón Salas, *Op. cit.*, pág. 216.